

Cortès recibe con- tento con lo q̄ defeu- brió Par- tillas.

pués que huvo sabido muchas cosas, se informó si tenían Plata, i Oro, i para testimonio tomó alguna labrada, con dos Indios que le dieron, prometiendo, que los trataria mui bien, i que bolverian mui presto. Yendo con él mui contentos, lle- gó à Cortès; fue mui bien recibido, por- que con Relacion de lo que él tanto de- seaba, llevaba consigo Hombres de aque- lla Tierra, à los quales mandò tratar mui bien, i que los llevasen por todo el Exer- cito, para que viesen la Gente, i Armas, Artilleria, i Caballos, mandando, que de- lante de ellos escaramuçasen algunos de à caballo, i disparasen algunas Escope- tas, de que no poco se espantaron. Final- mente, les diò algunas cosas de Castilla, i por la lengua les dixo: *Que como los Chri- stianos eran tan valientes, i espantosos para sus Enemigos, así amaban, i querian mu- cho à los que se les daban por Amigos, de- fendiendolos, i amparandolos en sus peligros, i necesidades, i que así harian con todos los de su Nacion, i que presto les iria à ver, i enseñar, quan errados havian vivido los que adoraban aquellos falsos Dioses, i sacrifica- ban Hombres, i que se podian ir en buena hora à su Tierra.*

Mandò que los acompañasen algu- nos Indios Mexicanos, i por estremo ale- gres de lo que havian visto, i del trata- miento que havian recibido, le besaron las manos, diciendo, *que no querian Me- xicanos: tomaron Tlascaltecas en su com- pañia. De estos Indios supo el Señor de Mechoacàn, mortal enemigo de Mote- zuma, el discurso de lo pasado. Cortès de- terminado de descubrir esta Tierra, hi- go para ello eleccion de Montañó, i à otros tres Castellanos, que tenia por Hombres de Discrecion, i de Valor, dixo, que les queria encomendar esta em- presa, para lo qual les daria veinte Se- ñores Indios, que les acompañasen, con vn Interprete, que sabia tres Lenguas, la Mexicana, Otomi, i Mechoacana. Mandòles dar muchas cosas de rescate, para que con ellas fuesen mejor recibi- dos: encargòles, que procurasen ver, i hablar al Señor, i tratar Amistad con él, informandose, con disimulacion, de la Gente, las Armas, Fuerças, Contra- raciones, Fertilidad, i Disposicion de la Tierra, i que pudiendo hablar de es- pacio con el Señor, le diesen razon de quien eran el Sumo Pontifice, i el Rei de Castilla, defengañandoles de muchas cosas, en que estaban ciegos: i que por no haver querido los Mexicanos recibir tanto bien, havia permitido el Gran*

Orden q̄ dà Cortès à los que embia à Mechoa- càn, de lo que han de hacer.

Dios de los Christianos, que fuesen des- truidos, como haria à todos los que los imitasen. Prometiò à Montañó, i à sus Compañeros, si traian buen recado, de hacerles grandes Mercedes, i luego de- lante de ellos dixo muchas cosas à los veinte Señores; i entre otras, lo que principalmente les rogò, i encargò, fue, *que iendo con aquellos Castellanos, que eran mui Valientes, i Hermanos Juios, los guar- dasen, i que nunca los dexasen, porque de esto recibiria gran contento, i le pondrian en obligacion, de que bolviendo, los haria maiores Señores; i como para tal negocio convenia encararles mucho, que en las De- mandas, i Respuestas dixesen, i trata- sen toda verdad; i que si se viesen con el Señor de Mechoacàn, como Testigos de vis- ta, le contasen el poder de los Christianos, i quan bien les esaria darse por Vasallos del Emperador de ellos, que era el Rei de Castilla.*

Partieron, pues, todos juntos, mui alegres, caminaron quatro dias sin apar- tarle los vnos de los otros: llegaron cerca del Pueblo, Raia de Mechoacàn, el qual se llama la Taximaroa; i como los Vecinos, i el Señor del tenian tan buena Relacion de los Castellanos, por lo que los Indios havian dicho, el Se- ñor, i el Governador del, con muchos Principales que le acompañaban, i con mucha Gente Popular, por ser el lugar grande, les salieron à recibir. Abraçò à los Christianos: diòles (como tienen de costumbre) Rosas, i Ramilletes, i luego abraçò à aquellos Indios Seño- res. Pararon vn rato, i por la Lengua el Señor les diò la Bienvenida, dicen- do: *Que se holgaba mucho, que à su Ciudad, i Casa huviesen llegado tan buenos Huespedes, que se holgasen, porque él los serviria, i regalaria quanto pudiese; i que estuviesen ciertos, de que él deseaba mucho conocer à su Capitan, i por él ser Criado, i Vasallo del Señor de los Chri- stianos, porque via, que su Poder era tan grande, que estando su Persona tan lexos de Mexico, con pocos Criados, i Vassa- llos, huviese sujetado la mas fuerte Ciu- dad, que en aquellas partes havia, i que tenia entendido, que lo mismo podria hacer de todos los demás Reinos de aquella Tier- ra; i que supiesen, que desde aquel Pueblo adelante, comenzaba el Reino de Mechoa- càn, sujeto à vn Gran Señor, que era capital Enemigo de los Mexicanos, i que la Tierra era Grande, i Fertil, i mui poblada de Hombres, i mui diestros en el flechar; i que creia, que aquel Gran*

Señor

Lo que Cortès di- ce à los Mexica- nos que e- van à Me- choacàn con los Castella- nos,

Manera como es- taba for- tificada la primera Ciudad Frontera de Mexi- canos.

Llegan al primer Lu- gar de Me- choacàn los Castella- nos.

Los Castella- nos son bien recibidos en el pri- mer Lu- gar de Me- choacàn.

Tiené los Castella- nos nueva del Rei de Me- choacàn.

Señor embiaria presto sus Embaxadores à Cortès, ofreciendole su Persona, Casa, i Reino. Los Castellanos recibieron de esto gran contento, porque vieron que de tales muestras no se podia se- guir sino prospero suceso: dixerõle, que con el tiempo veria el gran valor de Cortès, i que por él, i sus Compañeros conoceria el gran poder del Em- perador de los Christianos, i que comuni- cándose, todos se defengañarian de los errores en que estaban. En estas, i otras Platicas, todos mui alegres, die- ron la buelta acia la Ciudad, la qual por la Guerra con los Mexicanos (aunque era mui grande) estaba cercada de tro- ços mui gruesos de Encina, cortados à mano. Tenia esta Trinchea, ò Muro de alto dos Estados, i vno de ancho, i pa- recia mui antigua; renovabase siempre, sacando los troços mui secos, i metien- do otros recién cortados, para lo qual havia Maestros, i Peones diputados, que en ninguna otra cosa se ocupaban, pa- gados del dinero de la Republica: por lo alto, i por el lienço de afuera, i de dentro iba tan igual, i tapida la cerca, que no pudiera ser mejor labrada de Can- teria. Acostumbraban desde su princi- pio, por la Victoria que contra los Me- xicanos tenian, de no quemar la leña vieja, i seca, que sacaban de ella, i fino en sacrificio de sus Dioses. Hacian cier- tas Ceremonias quando metian la nue- va, significando, que con su favor se ha- ria aquel Muro tan fuerte, que sus Ene- migos nunca entrarían por él, i que del faldrian los Amigos, i bolverian Victorio- sos. Entrados que fueron en el Pueblo, les llevaron mucha comida, i les hicie- ron muchos regalos, i tan buen trata- miento, que los Castellanos quedaron espantados; pero con todo eso, aquella Noche estuvieron despiertos, i en vela, como Hombres de Guerra, que querian estar seguros.

Manera como es- taba for- tificada la primera Ciudad Frontera de Mexi- canos.

Supersti- cion que tenian los Indios en la fabrica de la Mu- ralla de esta Ciu- dad.



Avisan al Rei de Mechoa- càn de la llegada de los Cas- tellanos.

CAP. IV. Que continúa el des- cubrimiento del Reino de Mechoacàn.

TRO Dia los Castella- nos avisaron à Cortès, de lo que pasaba; i prosiguieron su cami- no à Mechoacàn: tar- daron en llegar seis Dias, acompañandolos cada Dia mas gente de los Pueblos co-

marcanos, que al camino salían à ver, los que tan gran negocio havian acabado, con sus Enemigos Mexicanos. De la lle- gada de los Castellanos à Taximaroa, el Governador avisò al Rei, i à los Go- vernadores de los otros Pueblos, por donde palaban, hasta embiar pintados à los Castellanos, como iban, como comian, como dormian, las Armas, i Vesi- tidos, que llevaban; i quando llegaron à media Legua pequeña de la Ciudad de Mechoacàn, el Rei para mostrar su Poder, i su buena Voluntad, mandò salir à ochocientos Señores, vestidos de Fiesta, que cada vno tenia diez, ò doce mil Vasallos: salieron con ellos tanta Gente, que cubrian los Campos. Lle- gados los Castellanos, los abraçaron; vno de ellos, que parecia tener mas edad, i mas autoridad, dandoles primero vnas Rosas, dixo: *El Gran Señor nuestro, cu- ios somos, los que aqui estamos, nos man- dò os saliesemos à recibir, i que os dixese- mos, fuesedes mui bien venidos, i que por particulares Mensajeros, desde que lle- gastes à Taximaroa, hasta llegar adonde agora estais, os ha embiado à visitar, sig- nificando el contento, que con vuestra ve- nida tiene; dixonos, que con vuestra ve- nida tiene; dixonos, que entrando en su Gran Ciudad, sereis tratados como en la vuestra, donde os ruega reposeis, i descan- seis: i que os hace saber, que de lo que de- seais entender, i saber, os dirà gran parte, à que así recibirà gran merced de que de Cor- tès, i del mui Gran Señor suyo, el Em- perador, i Rei de Castilla, le deis copio- sas nuevas, porque desea mucho ser Amigo del vno, i Vasallo del otro.* Los Castella- nos respondieron pocas palabras, guia- ronlos à vnos Apofentos bien grandes, i estrañamente labrados, que parecian bien ser de tan Gran Principe. Lle- varonles con grandes Ceremonias de Criança, i Reverencia; dieronles à comer variedad de Manjares: tocaron sus Instrumentos Musicos, que son muchos, i hacen mucho rumor: i en comiendo, el Gran Señor los fue à ver, aunque dice Montañó en su re- lacion, que antes que les traxesen de comer, salió con gran Magestad à ver- los, i haciendoles señal de Paz, no con- sintiendolos llegar à él, les dixo, *que reposasen, i que bolveria luego à hablarles despacio.*

De àl à dos horas, que comieron los Castellanos, el Rei, aunque ellos le salieron à recibir, no consintendolos llegar à él, le dixo por la Lengua, con gran severidad: *Quien sois? De donde venis?*

Llegá los Castella- nos à la Ciudad de Me- choacàn.

Buen tra- tamiento q̄ hacé en Mechoa- càn à los Castella- nos.

El Rei de Mechoa- càn ve à los Cas- tellanos.

Palabras del Rei de Mechoacàn à los Castellanos.

Platicade Montaña al Rei de Mechoacàn.

que buscáis? Para que venis de tan lejos? Por ventura en la Tierra donde nacistes, no tenéis que comer, ni beber? sin que vengaís à ver, ni conocer Gentes estrañas? Que os bicieron los Mexicanos, que estando en su Ciudad, los destruísteis? Pensais hacer lo mismo conmigo? Pues io tan Valiente, i Poderoso soi, que no lo consentirè; aunque he tenido siempre Guerra con los Mexicanos, i han sido grandes Enemigos míos. No se holgaron nada los Castellanos con estas palabras; i con todo esto Montaña por la Lengua, dixo: Gran Señor, à quien tus Dioses prosperen, i en maiores Reinos adelanten, no ai porque te receles, que tus Amigos somos, embiados por el Capitan Cortès, no à otra cosa, sino para que lo conozcás, i tengas por Amigo, que le hallarás tal, en todo lo que se ofreciere à Ti, d à los Tuíos: i pues en pocas palabras nos has preguntado muchas cosas, à que no te podemos responder, sino despacio, suplicamos te oigas, que despues que lo haias hecho, no te pejarà. Nosotros somos Christianos, nacidos en vna Tierra, que llaman Castilla, venimos por mandado de vn mui Gran Señor, que se dice, el Emperador de los Christianos, à quien nuestro Dios puso en Coraçon, que viniesemos à ver estas Tierras nuevas, no porque en la nuestra nos falta lo que hemos menester, que antes nos sobra, para la vida humana. Venimos despues que tuvimos noticia de las Tierras, que hemos descubierto, à dos cosas principalmente; la vna, à comunicarnos, i teneros por Amigos, dandoos de lo que nosotros tenemos, i vosotros no tenéis acá, recibiendo de vosotros por via de Contratacion, i Amistad, lo que en nuestra Tierra no tenemos, como se hace, i vsa en todas las Tierras del Mundo: i vosotros, segun hemos entendido, lo vsais, lo qual es causa que los Reinos se ennoblezcan.

Pero la segunda causa es, la que mas importa, que resulta del trato, i comunicacion, que con vosotros deseamos tener: el desengañaros de vna gran ceguedad, i error, en que el Demonio os tiene metidos, haciendos adorar Dioses falsos, i quebrantar en muchas cosas la Lei Natural, que à cerca de todos los Hombres, tanta fuerça tiene; i aunque al principio os parezca aspero, por las costumbres, que en vuestro error tenéis, quando nos haias comunicado, se os harà facil, i sabroso; i si hicimos Guerra, i destruimos à los Mexicanos, fue, porque nos quebrantaron muchas veces el Amistad, i con traicion nos quisieron matar, i por castigar las injurias, i tiranías que hacian contra muchas Naciones, que nos pedian Socorro; i assi, aunque gran muchos, i mui Poderosos, i puestos en

Ciudad tan fuerte, no fueron parte para defenderse, ni para ofendernos, porque nuestro Dios, que es Vno, i solo Poderoso, peleaba contra ellos, i contra sus Dioses. Y si queréis, Gran Señor, saber mas claro como no procuramos hacer mal à nadie; informate de quan buenos Amigos, i Favorecedores hemos sido de los que se nos han encomendado, i assi entenderás, que queriendo tu ser nuestro (como lo has embiado à decir) te holgarás mucho con nuestra Amistad, i no ai para que des oídos à los malos Consejeros, para que hagás otra cosa de lo que debes à tu Real Persona, que nosotros en lo dicho te hemos tratado toda verdad; i si no lo crees, pues tienes Interpretes Mexicanos, preguntalo à parte à los que con nosotros vienen, que ellos te lo dirán (aunque no son de nuestro Linage, ni Nacion). Mui atento estuvo el Cazonzin, rebolviendo en su pecho grandes cosas; porque de las que havia oido, vnas le daban contento, i otras le ponian temor: i reparando vn poco, como pensando en alguna cosa, respondió: Que se holgaba de averlos oido, i que reposasen, que el daria la respuesta. No mostraron punto de flaqueça, por no caer de la reputacion en que estaban puestos, que era tenerlos por invencibles Hijos del Sol. Trataban entre si lo que harian; i finalmente, como los que no podian salir à parte ninguna de Noche, ni de Dia, que no fuesen sentidos, determinaron de esperar lo que les sucediese.

CAP. V. Que el Cazonzin, Rei de Mechoacàn, quiso sacrificar à los Castellanos, i se lo estorvò vn Caballero de su Consejo.



AVIA Mandado el Cazonzin, que mucho numero de Gente disimuladamente, con Armas secretas, guardasen à los Castellanos en los Patios del Palacio; i asi, estaban sentados en los Poios, i otros paseandose: ordenò à dos Caballeros, que dixesen à los Castellanos, que de Noche, ni de Dia, por ninguna causa, pasasen sin licencia vna raia, que los hicieron, de que mucho se alteraron; pero disimulando lo mejor que pudieron, vno de ellos con rostro mui alegre, dixo: Decid à su Alteça, que en su Casa, i Reino estamos, i

El Cazonzin mandò à los Castellanos que...

El Rei de Mechoacàn quiere sacrificar à los Castellanos.

Razonamiento de vn Gran Señor al Rei Cazonzin.

que Mensageros somos, i que con voluntad de servirle, venimos, i que no discreparemos punto de lo que manda, i que si quiere que no salgamos de este Aposento, lo haremos con tanta voluntad, como lo que aora nos manda. Con esta respuesta bolvieron à su Señor, el qual à Hora de Visperas mandò hacer grandes Fiestas por toda la Ciudad, i encender en las Torres de los Templos muchos fuegos, i quemar cosas olorosas, sacrificando en ellos à sus Idolos gran cantidad de Hombres, Mujeres, i Niños, con gran estruendo, i ruido de Cornetas, Caracoles, con continuos Bailes, i Danças, de Noche, i de Dia: Canciones tan tristes, que parecian del Infierno. Estas Fiestas, i Sacrificios se hicieron en diez i ocho Dias, que duraron, con pensamiento de sacrificar à los Castellanos; pero como Dios queria que cesase el sangriento Señorío del Demonio, queriendo guardar aquellos Castellanos, i otros que havian de fer instrumento del remedio de aquellos Infeles, puso en el coraçon de vn Gran Señor Anciano, del Consejo del Rei, i que gobernaba sus Estados, que vna Noche, al cabo de los diez i ocho Dias, le dixo: Que seria bien, que con todo acuerdo pensase primero lo que intentaba; porque era cosa cruel, i no digna de tan Gran Rei, matar à los que le iban à visitar, i si iban con buen animo, d malo, i que mirase, que aquellos Hombres, i los que tenia su Capitan, eran mui Valientes, pues siendo tan pocos, havian sujetado à Ciudad tan Poderosa, como Mexico, i que su Dios (que decian) no era mas que Vno, debia ser Omnipotente, pues los Dioses Mexicanos, i aquel Gran Dios, llamado Vitzilipuztli, que con tanta reverencia adoraban, no havia bastado à defenderla, i que creia que aquellos Christianos eran Hijos del Sol, pues tan vitoriosos havian quedado de sus Enemigos, i que pues siempre havia seguido su consejo, le rogaba que se detuviese, pues en ello no havia inconveniente: i podria mejor considerar, que era bien tener por Amigos aquellos, de quien le podia resultar mucha ajuda, i mucha ofensa.

El Rei Cazonzin, toma el consejo de no sacrificar à los Castellanos.

Estas palabras contentaron al Rei, i agradeciendole el consejo, mandò que cesasen las Fiestas, i que los Sacrificios no pasasen adelante. Embiò à quatro Principales Caballeros al Aposento de los Castellanos, por quatro de los Caballeros Mexicanos, para informarle: i habiendo los Castellanos escogido, para ello, los que tenian por de mejor enten-

dimiento, les dixeron que advirtiesen, que entendian que el Rei los queria sacrificar à todos, i para remediar este peligro, era necesario, quando algo les preguntase, que le dixesen la manera del pelear de los Castellanos, i le diesen à entender quales eran sus Armas, el efecto del Artilleria, de las Escopetas, i Ballestas, la furia, i braveça de los Caballos, el animo, i corage de los Hombres; que vna Pieça de Artilleria, de vna vez mataba cien Indios: i el gran destroço que los Perras hacian en los Indios, enemigos de los Christianos, i que eran de tal calidad, que no se cansaban en la Guerra, pasando sin comer, ni beber dos, i tres dias; i que los Hombres sabian no dormir, quando era menester, i como en las cosas de la Guerra eran tan venturosos, i que jamás eran vencidos, i que asolaban con fuego, i sangre à sus Enemigos: pero quando pedian Perdon, i Paz, la daban, i la guardaban, no menos que si fuesen como ellos. Y que su Rei cada dia les proveia de Armas, i nueva Gente, para que ningun Rei, ni Señor, por Poderoso que fuese, ni muchos juntos se atreviesen à ofenderlos: i pues eran testigos de vista, le persuadiesen, que procurase el Amistad de Hernando Cortès, si queria conservar su Estado, i ampliarle en lo ageno: i que no hiciese cosa de que despues se arrepintiese; i que si todavia viesen, que tenia mal proposito, le dixesen, que solos los quatro Castellanos, eran bastantes para matar à todos quantos los guardaban; aliende de que su Capitan iria luego, i le mataria, i destruiria su Reino, i que fuesen con Dios, i hablasen con gran animo, i no tuviesen pena, que alli quedaban ellos, que moririan por ayudarles, sin saltarles en ninguna cosa, como se lo havia mandado Cortès.

Fueron los quatro Señores Mexicanos, con los que havian ido por ellos, entraron al Rei, al qual, segun su modo, como à los Dioses, hicieron reverencia; i llamados los Interpretes delante de algunos de su Consejo, i de aquel Prudente Governador, preguntò muchas cosas, à las quales respondian tambien, i con tanto esfuërço, i libertad, como si Cortès con todo su Exercito estuviera à la Puerta de la Ciudad. Mucho se espantò el Rei, i aquellos Señores, de lo que los Mexicanos dixeron, i creieronlo todo, porque ià de mucha parte de ello tenian relacion: mandò el Rei tratar bien aquellos Indios, porque le dixeron, que eran Caballeros, dixoles lo mucho que se havia holgado de hablar con ellos, i de estar cierto de lo que estaba

Omnia regna Civitate, Nationes, usque ad prosperum Imperium habuisse, dum apud eos vera consueverunt, Sal. El Rei Cazonzin embiapor 4. Cavalleros Mexicanos. Lo que los Castellanos dicen à los Mexicanos que digan al Rei Cazonzin.

El Rei pregunta à los Mexicanos, i le responden.

estaba dudoso, i que se estuviesen en su Palacio, hasta que el mandase, que fueren con los Christianos. En el entretanto los Castellanos, aviendo pasado Dia i medio, que sus Mexicanos no bolvian, estaban temerosos, de que los huviesen muerto, i mui determinados de vengar su muerte, de tal suerte, que el Rei, i los suyos, quando se defengañasen, que no eran inmortales, entendiesen, quan caro les costaba ofenderles.

No tardaron en parecer sus quatro Indios mui alegres, i ellos no menos contentos, les preguntaron, lo que avian pasado. Tres horas despues fue el Rei, acompañado de quarenta, ò cinquenta Señores, i por Pages, diez, ò doce Mancebos mui bien dispuestos, i en seguimiento fuio mas de veinte mil Hombres, todos con Arcos, i Flechas, i Enguinaldados, gritando, como Gente vencedora. Bien pensaron los Castellanos, que por ceremonia iban de aquella manera, para matarlos, i sacrificarlos à sus Idolos, aperciendose disimuladamente: i el vno de ellos tuvo de trailla vn Perrò mui bravo, cebado en Indios, con proposito, si los acometian, de soltarle. Entrò el Rei por el Patio, àcia donde ellos estaban, con mui buen semblante, llevaba su Arco en la mano, engastadas en èl muchas Esmeraldas, i à las espaldas vn Aljava de Oro, quaxada de Pedreria, que con el Sol, el Arco, i Aljava relumbraban mucho: iba en medio, solo, i algo apartado de èl, i por los lados, i espaldas, iban los Caballeros mas Privados. Los Castellanos le recibieron hasta la Raia, hicieronle grande acatamiento, con rostros alegres, apartòse à vn cabo, mandò apercibir gran cantidad de Venados, vivos, i muertos, i de Conexos, Codornices, i Aves de otras muchas fuertes de Caça, muertas, i vivas, que pusieron à los Castellanos gran admiracion, porque era la Monteria, i Caça mejor, que avian visto. Estando toda via en pie, llamando à las Lenguas, i mirando à los Castellanos, les hizo vn raçonamiento: Otros dicen, que por Grandeça, mandò llamar à su Capitan General, i que el Capitan lo declarò al Interprete, i esto es lo mas cierto.

Lo que contenia el raçonamiento, era: Pedir perdon à los Castellanos, por averles detenido tantos Dias, i que la causa avia sido, aver estado aquel tiempo ocupado en las Fiestas, i Sacrificios de sus Dioses, que cada Año acostumbra hacer en

Los Castellanos, viendo, q no bolvian los quatro Mexicanos, estaban temerosos. El Cazonzin va à ver à los Castellanos.

El Cazonzin hace vn presente à los Castellanos.

aquel mismo Mes: i que en lo que tocaba, à pasar ellos mas adelante, à ver la Tierra de Ciguatlàn, que no lo consentiria, porque si algo les sucediese, en que fuesen heridos, ò muertos, no queria ser la causa, sino embiarlos tan sanos, i tan buenos à su Capitan, como avian ido; al qual les rogaba, dixesen, que era mui aficionado à su valentia, i le deseaba servir en todo, i ser Vasallo del Rei de Castilla, que tan Poderoso era; pues embiaba tal Capitan, i tales hombres, que mas parecian Dioses, pues siendo tan pocos, segun avia oido, en tan poco tiempo avian sujetado el Imperio Mexicano, que tantos Reinos, i Provincias tenia: i que porque era costumbre de los Reyes, sus antepasados, no embiar vacios à los Mensajeros, que los venian à visitar, que otro Dia por la mañana los despacharia, con Dones para ellos, i presente para su Capitan, al qual besaba las Manos, i suplicaba recibiese lo que embiaria, mas por Prenda, i Señal de Amistad, que por el valor, porque todo su Reino era poco, para quien tanto merecia; i que lo mas presto, que pudiese, iria à darle la Obediencia, i en el entretanto queria embiar con ellos ciertos Señores. Hecha esta Platica, les diò toda la Caça, i les dixo, que à su voluntad la repartiessen. No se puede decir el contento, que los Castellanos recibieron porque, quando pensaban morir, verse libres, i tan regalados, les parecia fuefio. Y así le respondieron, aunque no con muchas palabras, diciendo: Que besaban los Pies à su Alteça, i que en todo avia mostrado quien era, de lo qual harian Relacion à su Capitan, i que de ello serian buenos Testigos, los Señores, que con ellos embiasse, quando bolviesen con la Respuesta de la Embaxada. Fuefio el Rei, mandò, que los diesen bien de comer, llevaron tanto, que avia, para quatrocientos Hombres; embiòles à decir, que holgasen, porque sin duda otro Dia los despacharia sin mas dilacion, i que èl quedaba escogiendo los Caballeros de su Reino, que con ellos avian de ir, i los quales llevarian el Recado de Comida, que para todos era necesario, hasta llegar à Mexico, i que tambien embiaria Caçadores, que los fuesen entreteniendo.

\*(\*)  
(X)(X)      (X)(X)  
\* \* \*  
(X)(X)      (X)(X)

CAP.

Raçonamiento del Capitan General del Cazonzin en su presencia à los Castellanos.

El Presente, que el Rei embiaba à Cortès, i dà à los Castellanos.

CAP. VI. Que el Rei de Mechoacàn despide los Castellanos, i embia Embaxadores à Cortès.



A RECIERON otro Dia muchos Caballeros, con veinte Indios, cargados de Ropa, de la mui estimada, i veinte Afientos de Madera, por maravilla bien labrados, i cinco Cargas de Calçado, que ellos vsan, de mui lindo Cuero de Venado, Blanco, i Amarillo, i Colorado, i cinquenta Marcos de Joias de Plata, i Oro baxo, i descargados en el Patio, todo lo pusieron sobre muchas Esteras, que los Indios llamaban Petates, mui ricos, i delgadas, i muchas Mantas Blancas, ricas, sobre las quales pusieron en medio del Patio, tanta cantidad de Pieças de Plata, i Oro baxo, i fino, que valdrian cien mil Castellanos. Llegò el Rei, i por medio de su Capitan General, i cite por otro Privado, i el Privado por el Interprete, dixo à los Castellanos: Que la Ropa, i Joias, que estaban descargadas en los quatro Angulos del Patio, el Gran Señor les hizo merced de ella, i que la que estava en medio del Patio, la diesen à Cortès, su Capitan, i le dixesen, que le suplicaba, que tuviere mas cuenta con la voluntad, i amor del que le embiaba aquel presente, con lo poco, que valia; i que como tenia prometido, quando mas lugar tuviere, iria en persona à besarle las manos. Dichas estas palabras, se apartò con ocho Señores, de los que allí estaban, i les ordenò, que fuesen à visitar aquel Gran Capitan de los Christianos: i los entregò à los quatro Castellanos, i à los Mexicanos, à los quales mandò decir: Que aunque sabia, que tenían tan buen coraçon, que no era menester encomendarles aquellos ocho Señores, que eran de los mas queridos, i favorecidos de su Casa, que toda via, por lo que èl debía à su Persona, i à lo que aquellos Caballeros queria, les encargaba mucho los tratasen mui bien, i que despues que huviesen llegado donde su Capitan estava, le suplicaba mucho de su parte, se los tornase à embiar, sin hacerles mal ninguno, sino que quando ellos se quisiesen bolver, lo pudiesen

libremente hacer: i que desde aquella hora, quedaba por su Amigo, i Vasallo del Rei de Castilla; i que bueltos que fuesen aquellos Mensajeros, èl mismo, como tantas veces avia dicho, queria hacer aquella jornada. A esto con mucho comedimiento, i reverencia (porque aun no creian, lo que vian, segun avian estado atemorizados) los quatro Castellanos, con muestras de alegria, respondieron: Que no eran tan malos, que aviendo recibido tantas mercedes en su Casa, i al postre averles dado tantas, i tan buenas Joias, no mirasen por aquellos Señores, como estaban obligados, como si fueran sus Hermanos: i que llegados, que fuesen donde su Capitan estava, verian el buen tratamiento, que les haria, i las cosas, que les daria, porque no sabia recibir, sin luego gratificar, i que bueltos, que fuesen à su Casa Real, le dirian con verdad, aver ellos en este prometimiento quedado cortos, i su Alteça holgaria de averlos embiado; i se arrepentiria de no averido luego. El Cazonzin, delante de los Castellanos, dixo pocas, i mui graves palabras, al despedirse, de aquellos Señores, que en suma fueron: Mi Autoridad, i credito llevais, para visitar à este Hijo del Sol, hacerlo heis, con mucha cordura, dandole à entender, lo que otras veces os he dicho, que le soi Servidor, i Amigo, i que así me hallarà, quando menester sea, i mirareis bien en su Persona, i tratamiento, para que à la buelta, me deis cuenta. Mandò tambien ir ochocientos Hombres, para que llevaten las Cargas, i la Comida, los quales conforme à su vsò, en cargandose, salieron de la Casa Real, vno detrás de otro, i por aquellos llanos hacian vn hilo tan largo, que no se acababa de divisar.

CAP. VII. Que los Castellanos salieron de Mechoacàn, i llegaron à Cuioacàn, adonde todavía estava Hernando Cortès.



A que los Castellanos querian partir, el Rei embiò ciertos Señores à mucha priesa, rogandoles con mui gran instancia, que por quanto aquel Lebrèl, que tenían, le avia pacido el mas hermoso animal, que jamas avia visto, le hiciesen tan gran placer, de

Palabras del Cazonzin à los Caballeros, q embiaba à Cortès.

El Cazonzin pide à los Castellanos el Perrò.